

¡Sí se puede!

Dr. Justo L. González



Conferencia anual de North Georgia
Culto Unido
9 de septiembre de 2006

¡Sí se puede!

Texto bíblico: Lucas 13: 10-21 (RVR 1960)

Jesús sana a una mujer en el día de reposo

Enseñaba Jesús en una sinagoga en el día de reposo; y había allí una mujer que desde hacía dieciocho años tenía espíritu de enfermedad, y andaba encorvada, y en ninguna manera se podía enderezar. Cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo: Mujer, eres libre de tu enfermedad. Y puso las manos sobre ella; y ella se enderezó luego, y glorificaba a Dios. Pero el principal de la sinagoga, enojado de que Jesús hubiese sanado en el día de reposo, dijo a la gente: Seis días hay en que se debe trabajar; en estos, pues, venid y sed sanados, y no en día de reposo. Entonces el Señor le respondió y dijo: Hipócrita, cada uno de vosotros ¿no desata en el día de reposo su buey o su asno del pesebre y lo lleva a beber? Y a esta hija de Abraham, que Satanás había atado dieciocho años, ¿no se le debía desatar de esta ligadura en el día de reposo? Al decir él estas cosas, se avergonzaban todos sus adversarios; pero todo el pueblo se regocijaba por todas las cosas gloriosas hechas por él.

Parábola de la semilla de mostaza

Y dijo: ¿A qué es semejante el reino de Dios, y con qué lo compararé? Es semejante al grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su huerto; y creció, y se hizo árbol grande, y las aves del cielo anidaron en sus ramas.

Parábola de la levadura

Y volvió a decir: ¿A qué compararé el reino de Dios? Es semejante a la levadura, que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo hubo fermentado.

Hemos escuchado una porción bien conocida del Evangelio. Pero, como tan a menudo sucede, resulta que precisamente por ser tan conocido no vemos el intenso dramatismo de lo que está sucediendo aquí. Porque en este texto tenemos, no sencillamente un milagro de curación, sino también la convergencia de añejos y al parecer invencibles poderes, que vienen todos a confluir aquel sábado en aquella sinagoga.

Era sábado, y una mujer enferma de largo tiempo atrás, encorvada, que no podía enderezarse, se presenta en la sinagoga. El texto bíblico nos dice que era un espíritu maligno lo que la tenía encorvada.

Es muy fácil desviar la atención y dedicarnos sencillamente a discutir qué es eso de un espíritu maligno. Ciertamente, hoy sabemos que las enfermedades se deben a bacterias, a algún virus, y a otras cuestiones semejantes. Y ya con eso nos quedamos tan contentos y conformes como si de veras con eso hubiéramos resuelto y eliminado el carácter demoníaco de la enfermedad y del sufrimiento.

Una de las ilusiones de la Edad Moderna ha sido precisamente imaginarnos que, con establecer la causa inmediata de algo, ya lo hemos explicado. Si sabemos que alguien está enfermo porque tiene un virus, ya entendemos el asunto, nos las damos de superiores a aquellos ignorantes de siglos pasados que hablaban de demonios, y nos imaginamos que hemos encontrado el nudo que desata el misterio del sufrimiento. Pero lo cierto es que el conocimiento de los virus, las bacterias y las condiciones genéticas, si bien nos ayudan a tratar las enfermedades que producen, no nos acercan un ápice a descifrar el misterio del sufrimiento. Si antes se pensaba que alguien estaba enfermo porque tenía demonio, ahora decimos que está enfermo porque tiene un virus. Pero la pregunta permanece: ¿el tener un virus, no es del demonio?

La mujer está encorvada. No puede enderezarse. Que se deba a un virus, a una bacteria, a una fractura, o a cualquier otra cosa, es de importancia secundaria. El hecho es que está encorvada, que está oprimida, que está aplastada, que está sufriendo. Y eso es del demonio. Con aquella mujer entra en la sinagoga lo que las gentes religiosas siempre queremos ocultar: la realidad del poder del demonio; la realidad del sufrimiento humano.

Era sábado. Día consagrado al reposo desde los tiempos más antiguos de la tradición hebrea. Tan antiguos, que se remontaban hasta el acto mismo de la creación: “Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; más el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó”.

Era sábado. Día consagrado al reposo por el Señor mismo, Instrucción sabía del Creador que sabía que esta criatura suya no puede trabajar, y trabajar, y trabajar, sin descanso. Pero día de descanso que los humanos, a fuerza de legislación cada vez más minuciosa, habían hecho día de mayores trabajos. En lugar de sencillamente gozarse en la creación del Señor, y verdaderamente reposar, las gentes religiosas de la época se habían dedicado a las más minuciosas discusiones en cuanto a lo que se podía hacer en el día de reposo. Se supone que en ese día no se trabaje. Entonces, ¿será lícito sacar agua de un pozo para beber? Se supone que no se abre la tierra en

el día de reposo. Entonces, ¿será lícito mover una mesa, que puede dejar un surco en el piso? Se supone que en este día hasta los animales descansan. Entonces, ¿será lícito comerse un huevo que la gallina puso ese día? Y así, el día de reposo se convertía en día de mayores trabajos.

Era sábado. En la sinagoga, precisamente el lugar donde las leyes referentes al descanso se estudiaban, y se desmenuzaban, y se exageraban.

Era sábado. En la sinagoga. Y entra la mujer jorobada, oprimida, aplastada, por el poder del maligno. Era sábado, y allí estaba también Jesús, Señor de la creación y Señor del sábado. ¿Qué hará Jesús? Por un lado, en el sufrimiento de aquella mujer, el demonio mismo se le enfrenta. Por otro, en todo el ambiente que le rodea, en la Ley misma de Israel, en el jefe de la sinagoga, el peso de la tradición parece decir que no hay nada que hacer.

Ahora está aquí Jesús en la sinagoga, frente a esta mujer encorvada, oprimida por el peso del demonio. Y a su opresión de dieciocho años los jefes religiosos quieren añadir otra de diecitantos siglos: ¡Es sábado! ¡Es día para asuntos religiosos! ¡No se puede!

Pero Jesús vio a la mujer, y la llamó, y le habló, y puso las manos sobre ella, y la mujer se enderezó, ¡y comenzó a alabar a Dios!

Ah, pero el jefe de la sinagoga era bien religioso y conocedor de la ley. No se puede. Váyanse.

“Hay seis días para trabajar; vengan en esos días a ser sanados, y no en sábado”.

Y Jesús le llama a capítulo. “Hipócritas. Si uno de ustedes tiene un buey sediento el día de reposo, lo desata para llevarlo a tomar agua. Pero esta mujer, que es tan hija de Abraham como cualquiera de ustedes, que es por tanto mucho más que cualquier buey, esta mujer estaba atada por dieciocho años, ¿y me van a decir que no se le puede desatar porque es sábado? ¡Sí se puede!”.

Si fuera tu hermano o tu madre quien tuviera que cruzar la frontera para encontrar trabajo, ¿le vas a decir que no se puede, porque la ley lo prohíbe? ¡Sí se puede!

Como resultado del milagro, y de esta discusión con el jefe de la sinagoga, las gentes se alegran y alaban a Jesús por las grandes cosas que hace.

Pero Jesús, en lugar de hablar de lo grande, les habla de lo pequeño: de un grano de mostaza que un hombre sembró, y de un poco de levadura que una mujer puso en una gran masa de harina. El reino de Dios, dice Jesús, es como un grano de mostaza que un hombre siembra, o como un poco de levadura que una mujer pone en la masa. Dios no es como los poderosos de la tierra, que quieren hacerlo todo a la fuerza y con estruendo. Cuando es hora de redimir al mundo, Dios no grita desde el cielo con voz estentórea: ¡Eh, ustedes, arrepíentanse! Dios no es

como un televangelista que confunde el poder de Dios con los megawatts de su transmisora. Dios es como una mujer que calladamente pone un poco de levadura en la masa, o como un hombre que siembra una pequeñísima semilla de mostaza.

¿Por qué cuenta Jesús estas parábolas? Porque allí, en aquella sinagoga, Dios ha demostrado que, aunque actúa calladamente, su poder es más grande que el de las más viejas tradiciones y el de los más fuertes demonios. Recordemos que quien así habla no solamente le mostró al fariseo que sí se puede sanar en sábado, sino que también nació, pobre y pequeña semilla de mostaza, en un humilde pesebre, que de niño tuvo que huir al exilio en Egipto, que después vivió como extranjero en Nazaret, que por fin se enfrentó a todos los más formidables poderes del maligno. Y que cuando por fin el maligno pareció triunfar con cruenta muerte en la cruz, ¡Dios lanzó el “¡Sí se puede!” de todas las edades, levantándole de entre los muertos.

Y es por eso que hoy, como aquella pequeña semilla de mostaza, nos atrevemos a decir, “Sí se puede”. No porque seamos tan valientes, ni tan firmes, ni tan poderosos, sino porque Dios levantó a Jesucristo de entre los muertos. Es por eso que, frente a todos los poderes del maligno, frente a todos los poderes de opresión, en las más oscuras circunstancias, en la vida y en la muerte, nos atrevemos a seguir diciendo, “¡Sí se puede!” “¡Sí se puede!” “¡Sí se puede!”

Han pasado los años, y aquella confrontación que tuvo lugar en la sinagoga sigue teniendo lugar hoy, aunque quizá no ya en la sinagoga, sino en la sociedad y hasta en la iglesia cristiana, donde

se presenta ahora un pueblo encorvado por el espíritu maligno de la injusticia, la pobreza y el racismo.

Las razones son muchas, y podríamos pasarnos la noche discutiéndolas, cómo podríamos pasarnos la noche debatiendo si la mujer estaba jorobada por una infección o por otra razón. Pero el hecho es que nuestro pueblo es un pueblo encorvado, un pueblo que lleva, no ya dieciocho años, sino siglos, sin poder enderezarse. Un pueblo que se presenta hoy en la iglesia, como aquella mujer se presentó antaño en la sinagoga.

Al pensar sobre todo esto, me pregunto cuál sería la gloria y cuál la forma de la Iglesia Metodista Unida si, ante los males que aquejan nuestra sociedad, nos atreviésemos a extender las manos y al fuerte grito de “¡Sí se puede; en el nombre de Dios, sí se puede!” invitásemos a los quebrantados y oprimidos y encorvados a erguirse y enderezarse.

Esto requerirá cambios drásticos en el modo en que empleamos nuestros recursos, en el modo en que manejamos nuestras finanzas, en el modo en que organizamos nuestras vidas. Hoy, como en aquella sinagoga, habrá quien diga que no se puede. Es el sábado, y no está permitido sanar. Y algunos dirán: “El presupuesto no alcanza”, o “La Disciplina no lo permite”. A los tales, me atrevo a afirmar que Jesús les diría: “Cada uno de vosotros ¿no desata en el día de reposo su buey o su asno y lo lleva a beber? Si la Disciplina o el presupuesto impidiesen la vida de las congregaciones más ricas y grandes, ¿quién de entre vosotros no estaría dispuesto a cambiar la

disciplina o el presupuesto? ¡Sí se puede!"

Pero hay otro punto que hemos de recordar. No importa lo que hagan los líderes de la sinagoga, la mujer ha de ser sanada. Por nuestra parte hay la opción de ser fieles o no; pero los propósitos de Dios han de cumplirse. La paz, el amor y la justicia han de vencer, pues el Señor de las edades así lo ha anunciado.

Luego, lo que hemos de preguntarnos no es, ¿sucederá esto? Lo que sí hemos de preguntarnos es, cuando suceda, ¿estaremos nosotros junto al Maestro que extendió la mano y sanó a la mujer, o junto al principal de la sinagoga quien, a pesar de toda su religiosidad, optó por el poder maligno que tenía a la mujer encorvada?

Bien puede resultarnos difícil optar por la semilla de mostaza escondida bajo la tierra, o por el poquito de levadura escondido en la masa de harina. pero la semilla está ahí, y la levadura está ahí, llevando a cabo su obra, y proclamando en alta voz, frente a los más ruidosos poderes del mundo, que ¡Sí se puede!